

El Caballero de la Barra

El incidente ocurrido en pleno siglo XX al señor Rafael Hernandez, quien fue reducido a prisión por no haberse quitado el sombrero al pasar un viático, nos hace recordar la historia del Caballero de la Barra, quien fue decapitado en Francia hace ciento cincuenta y ocho años por no haber saludado a una procesión.

Ese suplicio que fue precedido por un refinamiento de crueldad: amputación de la mano derecha y arrancamiento de la lengua con unas tenazas, no habría tal vez conmovido tanto a las gentes de esa época, demasiado acostumbradas a esas escenas de salvajismo, si la calidad de las víctimas y la falsedad de la acusación no hubiesen provocado una reprobación unánime en todos los pueblos.

He aquí el resumen de tan horrible crimen:

Había en Abbeville, pequeña ciudad de Francia, una abadesa dama de Villancourt, hija de un consejero de Estado, en cuyo convento recibía numerosas personas, entre ellas un cierto Duval de Sancourt, que a su función modesta de presidente de la Elección, es decir de una especie de tribunal fiscal encargado de repartir los impuestos, unía la de abogado. Gracias a este último título se ocupaba de los intereses de la comunidad, y, aunque sexagenario codiciaba ardientemente el corazón de la abadesa. Esta se apercibió, le prohibió la entrada al convento y tanto para asegurarse un defensor como para distraerse hizo venir a su lado a un sobrino, el caballero de la Barra, joven de diez y nueve años, de espíritu abierto a las ideas nuevas y muy versado en la ciencia militar la que parecía reservarle una brillante carrera. La Barra era pobre; su padre, general de las armadas, había disipado 40.000 libras de rentas. Por eso él llevaba en el convento de su tía una vida casi monaca, no teniendo más amigos que d'Etellende de Morival, de 18 años; Moinel, 15 años; de Douville, y algunas veces el mismo hijo de Duval de Saucourt.

Una tarde de junio de 1765, nuestros jovencitos, el sombrero en la cabeza, corrían bajo la lluvia para ir a la comida de la abadesa. Estaban atrasados y no hicieron caso de una procesión que pasaba a cincuenta metros de ellos.

Duval lo supo y como algún tiempo antes el joven de la Barra lo había maltratado seriamente para desembarazar a la abadesa de sus asiduidades, hizo de este incidente un insulto a la religión.

Sin embargo, el asunto no hu-

biese sido tomado en serio si por una singular coincidencia algunos días después no se hubiese encontrado un crucifijo de madera puesto sobre el puente de Abbeville con un araño en la pierna izquierda del Cristo. En seguida Duval con una habilidad infernal me los dos acontecimientos, los agranda, y después de una ceremonia de expiación al pie del crucifijo, presidida por el obispo de Amiens y d'Abbeville, de la Barra es acusado ante los tribunales. La Barra compareció delante de un tribunal compuesto de Duval y de dos asesores el que lo condenó al suplicio reservado a los parricidas y a los envenenadores. Ni la intervención de su tía la abadesa, ni la de sus amigos influyente pudiendo obtener su gracia. Asistido de un dominicano que varias veces había encontrado en el convento d'Abbeville, marchó al suplicio con la firmeza más grande el 1º de julio de 1766. Fue torturado primero y después que le cortaron la cabeza para precipitarla en las llamas.

Sublime y enternecedora figura la de ese efebo de diez y nueve años víctima de la más odiosa maquinación fraguada por una religión que se dice «de amor y de bondad». Ese martirio de un joven culpable de no haber saludado a una procesión e irrespetuoso de las tonterías y de los absurdos de una religión cuyos crímenes han sobrepasado los límites del salvajismo humano, no horrorizará seguramente al señor Brragán quien en pleno siglo XX pretende hacer revivir las odiosas prácticas de la «Santa Inquisición».

NEFTALI ARCE

(P. S.)

La estatua del caballero de la Barra se ha erigido en frente de la puerta principal de la hermosa basílica del *Sacre Cœur de Montmartre*, (*del Sagrado Corazón*), para glorificar a esa noble víctima del fanatismo y para recordar a la Iglesia católica uno de sus crímenes más grandes.—N. A.

Velas «La Campana»

Los mejores

Enrique Quijano M.

vende una desgranadora de maíz, una piladora de café y maíz, una moladora de café, una moladora de cacao, café y sal, todas movibles por fuerza eléctrica o a mano

También se vende un velógrafo y una pequeña prensa para imprimir, con varios accesorios.

Se vende el lote o partes, por precios sumamente baratos.

También vende catres de hierro y otros muebles, nuevos y baratos.

Calle, 15 Carrera 2ª N.º 28

Seis siglos atrás

Creyóse que con Boabdil quedase terminada la era de las guerras hispano moriscas; pero no resultó así: Han pasado los días y las noches de 433 años de la expulsión de este monarca de la península española, y esta lucha estéril, injusta, bárbara y anticomunista, no tiene ocaso. Hoy, como há más de cuatro siglos, sólo se divisan huellas carnívoras marcadas en suelo africano por la bota cruel del conquistador rutinario, que incendia villas, destroza plantíos y sacrifica sus hermanos, sin lograr siquiera que brille para la patria de los Fernandos y los Alfonsos un lampo de la victoria definitiva.

Primo de Rivera, oscuro tiranuelo, germen de los fanatismos caducos que avergonzaron al mundo en pasados siglos, sigue como Atila, la ruta destructora de la humanidad. Alfonso XIII, el monarca a quien creyó el mundo la excepción de sus antepasados por vérselo engañosamente tintes democráticos y republicanos, hoy se doblga cobarde y fríamente a los caprichos reaccionarios de Primo de Rivera, amo ignaro de España y Sámano de la decadencia. Mañana, tal vez mañana, este monarca que pudo ser el árbitro de Europa pagará su criminal debilidad, como Carlos «El Temerario» en las islas de Madera, o recluso en las alcobas de un convento, prisionero y solitario, a voluntad de los nuevos Escarpías que dominan en las mazmorras sombrías de Toledo.

Francia, la Francia legendaria, la Francia inmortal, la que en su exodo triunfal dominó al mundo guiada por el gran Corso, y ayer nomás volvió a su seno los estados perdidos

en la hecatombe de Sedán y arrojó al invasor más allá del Rhin, hoy ¡quién lo creyera! mancha sus insignias de gloria enviando su ejército a destrozar tribus africanas, las que no tienen más crímenes que las de Jofender con su sangre heroica el último reducto que les deja la menguada civilización en conubio con el fanatismo religioso de há más de cuatro siglos. Las cargas de Magenta y Solferino, dadas por las armas francesas en pro de la salud y libertad de Italia, tornaron hoy en tristes escaramuzas contra un pueblo débil como el de Marruecos. Oíd sus actuales ridículos triunfos: nuevas hazañas francesas!! «Me lilla 25 de julio de 1925. Guarniciones de Tizziaza, principalmente al norte, tirotearon valientemente (!) a los rebeldes (?) que laboraban un campo agrícola y los pusieron en fuga. Escuadrillas de ametralladoras rebeldes conducían ganado, pero los aviones les dejaron caer bombas y los dispersaron. Los franceses no permiten que ni los pescadores rifeños salgan a buscar su alimento al mar. Varios hidroplanos, poderosamente armados (!) dispersaron a un grupo de pescadores hundiendo algunas embarcaciones (!)».

Manes de los Bonapartes Joffre Gallini: cómo se esfuman tus glorias!

Hasta el príncipe de Dinamarca cansado de sus excursiones en el archipiélago montañoso de Farve,

Obreros

Es preciso apoyar las industrias nacionales y de manera especial las que son benéficas al proletariado, tales como la industria de La Espiga de Oro que ha puesto al alcance de los pobres los espaguetis y macarrones que antes sólo consumían las gentes acomodadas. Con una libra de las populares 42 centavos más de veintipersonas.